

Luz Covadonga Ramírez Etchevers
Colegio San Nicolás de Bari (Avilés)
ASTURIAS



Un día más, una historia más

Así comenzaban todos y cada uno de los días de Paula. Esa frase le acompañaba desde la mañana hasta la noche. Desde el desayuno hasta la cena. Esa frase le acompañaba escribiendo, comiendo o incluso caminando. Caminar... sus pasos se dirigían un día más por la mañana a la misma calle, la misma hora y al mismo lugar. Abrió la puerta y el suave aroma del café inundó la nariz inmediatamente junto con una gran sensación de calidez. Se sentó en la misma mesa e hizo el mismo pedido al camarero. Cuando le sirvieron el café, empezó su parte importante del día. Con la mirada que le caracterizaba empezó a observar, y sus ojos se posaron en una señora que había pedido dos tazas de café en vez de una, pero sin embargo, nadie se encontraba a su lado. Paula empezó a imaginar...

Aunque sería lo propio, no está esperando a nadie. Su marido le había abandonado y tan sola como se sentía, había decidido pedir dos cafés en vez de uno para intentar olvidarse de la soledad que le hacía sentirse cada vez más pequeña y vacía.

“Un día más, una historia más”. De nuevo su cafetería, con el humeante café en la mano y un montón de ideas en su cabeza dio comienzo otra historia. Miró hacia la calle y su mirada avanzó junto a los pasos apresurados de un hombre con una gabardina negra. ¿Cuál podría ser su historia? Tras un enfado con un gran amigo por una traición, había decidido no volver a verle. Sin embargo, no se vio capaz de cumplir su promesa y decidió perdonar a aquella persona que lo había dado todo por él. Porque ninguna pelea sería lo suficientemente fuerte como para crear una frontera que separe tantos años de amistad. Aunque fuera solamente por los años juntos, estaba dispuesto a perdonar. Porque el tiempo era lo único que no iba a

poder recuperar nunca. Mientras, en el reloj de la cafetería la arena se escapaba lentamente de la esfera de arriba precipitándose a la de abajo, como si intentara demostrarle a aquel hombre de la gabardina que tenía todo el tiempo posible para arreglar aquella discusión por mucho que le hubiese dolido.

“Un día más, una historia más”. De nuevo, en la cafetería, su mirada se posó en una pareja riéndose alegremente. ¿Su historia? Esta vez igual no tenía porqué ser una historia, sino el mero hecho de cómo un amor de instituto puede durar años y seguir siendo irrompible.

“Un día más, una...no”. Hoy el día de Paula no empezó así, sino que empezó al igual que como acabó el anterior. Las lágrimas corriendo por su mejilla, sin detenerse hasta llegar al final de su cara y terminar en la almohada. Nunca podría volver atrás, nunca podría retroceder. “A veces me gustaría poder demostrarme a mí misma que no estoy sola. A veces me gustaría ser más valiente”. Sus palabras salían de su boca y caían junto a sus lágrimas, acabando en el olvido. Mientras, el tiempo seguía corriendo. Y pasaron los días. Podía ser lunes, martes, miércoles o jueves, daba igual. Pata ella, todos los días eran iguales.

Por fin, de sus labios brotó el “un día más, una historia más”, salió a la calle y se dirigió a la cafetería. Entró, se sentó y pidió. Pero por alguna razón, no era capaz de imaginarse historias. Pasado ya un tiempo, decepcionada, salió de la cafetería. Ya fuera, vio como un hombre desde dentro la observaba con aquella mirada y sonrió al darse cuenta de que no podría imaginar historias sobre otra gente, porque ella había empezado a ser parte de la historia de alguien.